## Dos crímenes

(Fragmento)

## Jorge Ibargüengoitia

—Voy a pasar unos días fuera de tu casa —le dije a mi tío en el desayuno.

—¿A dónde vas?
—A vivir cerca de la mina.
—¿Qué ganas con eso?
—Creo que podré trabajar mejor. Pierdo mucho tiempo en ir y venir.
—Bueno, pero ¿y yo qué? —dijo mi tío—, ¿con quién voy a tomar coñac después de la cena?
Estaba realmente resentido.
Cuando salí de la casa encontré a mis primos afuera, esperándome.
—Acompáñanos al Casino —dijo Alfonso—. Tenemos que hablar.
Fuimos caminando en silencio, Fernando y Gerardo adelante, Alfonso y yo atrás Alfonso llevaba un portafolios. Toda la gente que encontramos en la calle nos saludó, Paco el del Casino nos abrió el salón de juegos y mandó un mozo con un servicio de café con leche, que era lo único que había a esas horas. Mientras revolvíamos el azúcar, Alfonso tomó la palabra:
—Dice Fernando que tú dijiste que primero les regalas tu parte de la herencia a las monjas de San Vicente
—Del Divino Verbo —corrigió Fernando.
— del Divino Verbo, que vendérnosla a nosotros que somos primos tuyos y que teníamos interés en comprártela.
—Siempre y cuando hubieras pedido un precio razonable —aclaró Gerardo.
Yo iba a decir que había cambiado de opinión y que estaba decidido a vender pero mis primos no me dejaron hablar.
—Tu actitud nos perjudica —dijo Fernando.
—Y nos parece muy egoísta —dijo Gerardo.

—Pero hemos decidido respetarla —dijo Alfonso— y proponerte otra fórmula que quizá te interese más.

Era la siguiente: como los únicos posibles herederos de mi tío Ramón éramos los cuatro que estábamos en aquella mesa más Amalia, la solución de todas las incertidumbres era muy sencilla: bastaba con que los cinco firmáramos un convenio y lo registráramos ante un notario, en el que nos comprometeríamos, al ocurrir la muerte de mi tío Ramón, a sumar los bienes que él nos dejara a los cinco en su testamento y a dividirlos en cinco partes iguales.

—De esta manera —terminó diciendo Alfonso— tendremos la certeza de que el día en que mi tío desgraciadamente nos falte, cada uno de los firmantes será dueño de bienes que valen en números redondos tres millones y medio de pesos. ¿Qué te parece?

Yo hubiera preferido tener el dinero en la mano, pero dije "muy bien", a mis primos les dio gusto mi respuesta, Alfonso abrió el portafolios y sacó unos papeles. Eran seis tantos del convenio que acababa de proponerme. Noté que una de las partes ya había firmado. "Amalia Tarragona de Henry", leí, en tinta verde, con letra de alumna desaplicada de escuela de monjas. No sé por qué sentí ternura al ver aquellas letras, que deberían haberme causado indignación, porque me dí cuenta de que probablemente Amalia había firmado el convenio antes de llevarme a ver el candil y no me había dicho nada. Saqué la pluma y firmé, en cada una de las hojas y al final del convenio, en los seis tantos, y lo mismo hicieron mis primos.

—Es un tanto para cada uno —explicó Alfonso— y un tanto para Zorrilla, que va a registrarlo hoy mismo.

Guardé mi copia, me despedí de mis primos y fui al baño. Estaba orinando cuando llegó a pararse en el mingitorio de junto Paco el del Casino.

- —Usted es el heredero —me dijo.
- —¿Cómo, el heredero?
- —Sí. Ramón hizo todo en secreto pero yo ando apostando en el pueblo que usted es el heredero. ¿Quiere tomarme una apuesta, mil pesos?
  - —No, muchas gracias.

En el camino hacia el Calderón pensé: nací en un rancho perdido, mi padre fue agrarista, me dicen el Negro, la única de mi familia que llegó a ser rica empezó siendo puta y con sólo echar una firma perdí catorce millones de pesos. Decir que estoy jodido es poco.